

Leg 52 Paquete 12

p. 35

Santiago.

Su venida á España.

379

1974 OHSAC 1280.05-1-00379



DISCURSO

LENG.

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

**SOBRE LA VENIDA**

DEL

DON JUAN JUREN Y CASTAÑERA,

**APOSTOL SANTIAGO**

EL DOMINGO 1.º DE MARZO DE 1857.

**A ESPAÑA.**

EN EL AÑO DE 1857.

20



MADRID,

IMPRESA DE DON PEDRO MONTES,

Plaza del Callao, n.º 1.

1857.

*VVA. BHSC. LEG.*

U/Bc LEG 5-1 nº379

HTCA



1>0 0 0 0 2 7 9 3 5 2

SOBRE LA VENDA

de

ALBOSTON SANTIAGO

A ESPANA

35



# DISCURSO

LEIDO

## EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

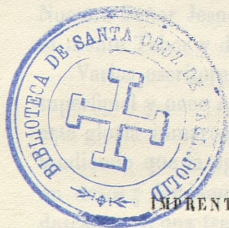
por

**DON JUAN JUSEU Y CASTANERA,**

Licenciado en Teología.

EL DOMINGO 4.º DE MARZO DE 1857,

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN  
LA MISMA FACULTAD.



**MADRID.**

—  
IMPRESA DE DON PEDRO MONTERO,  
Plazuela del Gárgen núm. 1.

—  
**1857.**

# DISCURSO

LEIDO

## EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DEL

DON JUAN RUBEN Y CASTAÑERA,

licenciado en Teología.

EL DOMINGO 1.º DE MARZO DE 1887.

EN EL AÑO SEPTIMO DE REGIMEN Y LA VEINTIDUESA DE PROTECTOR.

LA REAL FACULTAD.



IMPRESION

IMPRESION DE DON PEDRO AGUIRRE.

Imprenta de Calles y San Juan.

1887





---

EXCMO. É ILMO. SEÑOR.

Nunca me hubiera atrevido á ocupar esta tribuna, desde la cual os han dirigido la palabra tantos varones eminentes en las letras y en las ciencias; si el cumplimiento de un deber imprescindible no me obligara á ello.

Debiendo ocupar vuestra atencion breves instantes, segun las prescripciones del reglamento, he creido que seria un asunto digno de la solemnidad del acto, no menos que de vuestra religiosidad y de vuestro reconocido entusiasmo por todas nuestras glorias nacionales, hablaros del origen y progresos del cristianismo en España, debidos al Apóstol Santiago el Mayor uno de los tres predilectos discípulos de Nuestro Señor Jesucristo que fueron testigos de su gloria en el monte Tabor y de su agonía en el Huerto.

Varios escritores, llevados en este asunto de un espíritu superficial y poco crítico, han querido disputar y negar esta gloria inmarcesible á nuestra católica España; pretendiendo que la opinion que yo sustentó, no está apoyada en datos y fundamentos bastante sólidos, y que á lo sumo descansa en una tradicion conservada únicamente en nuestro pais.

Veamos si, á semejantas escritores, émulos siempre de nuestras glorias, podemos convencer con la historia eclesiástica en la mano, demostrándoles que este ferviente y valeroso discípulo del Crucificado, confirmando con sus hechos el sobrenombre que le impusiera su divino maestro de Hijo del Trueno, fué el primero que de los Apóstoles y discípulos del Señor, llegó á España y anunció en ella la buena nueva, convirtiendo al Cristianismo á una gran parte de sus moradores, los cuales hasta entonces yacían en la idolatría, sumidos en las espantosas tinieblas de la noche.

El eruditísimo San Gerónimo, una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, interpretando el capitulo 54 de Isaías, afirma terminantemente que uno de los Apóstoles, cumpliendo el precepto que le fué impuesto por su divino maestro de anunciar el Evangelio en todo el mundo y á todas las gentes, partió para la India, otro para las Españas, otro para el Ilirico y otro para la Grecia. Esto sentado, sería cosa muy fácil demostrar, si la premura del tiempo me lo permitiera, que el Apóstol que partió para las Españas no fué ni pudo ser otro que Santiago el Mayor.

Conociendo los escritores á quienes me refiero la fuerza de esta autoridad, han querido desvirtuarla diciendo: que el Apóstol de las gentes, San Pablo, fué el que pudo predicar el Evangelio en España, dirigiéndose á este punto desde el Ilirico. No negaré yo esta posibilidad, antes por el contrario, abrigo tambien el íntimo convencimiento de que este Santo Apóstol, en su viage del Ilirico á Roma, en cuya ciudad sufrió su glorioso martirio, tocó en las costas de España que baña el Mediterráneo. Atendamos si no al carácter infatigable de este operario de la viña del Señor, que jamás estuvo ocioso, tratándose de la predicación del Evangelio, en cualquiera punto en que se encontrase; y veremos que no admite duda hayan oido tambien algunos pue-



blos de España de boca de este Apóstol la buena nueva. Léase, en comprobacion de esto, la historia de las Iglesias particulares de nuestra patria y parando nuestra consideracion en la de Tortosa, en Cataluña, hallaremos que se gloria de haber sido fundada por el Apóstol San Pablo, el cual, al abandonarla, la dejó encomendada á uno de sus discípulos, llamado Rufo, á quien habia consagrado Obispo; y si se examina la série cronológica de los Obispos de aquella antiquísima Iglesia, se encuentra el primero á San Rufo, discípulo de San Pablo. Pero estos hechos; ¿pueden contradecir en manera alguna la anterior venida de Santiago á España, y la circunstancia de haber sido en ella el primer anunciador del Cristianismo? No, señores: todo se concilia perfectamente bien: Santiago fué el que, siguiendo las inspiraciones de Jesucristo, vino directamente á España el primero, despues de verificada, el año 37 de la era cristiana, en Jerusalem la dispersion de los Apóstoles, con el objeto ya anunciado de enseñar y predicar á todas las gentes y de bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y San Pablo que, como es sabido, reputó el universo como diócesis propia (si es permitido espresarme asi) por lo que ha sido llamado el Apóstol de las Gentes, además de la Grecia, en donde consta que predicó confundiendo la vana sabiduría de sus célebres academias y de su famoso areópago; predicó en el Ilírico, y tambien en las costas de Levante de nuestra España á su paso para Roma.

En apoyo de la tradicion constante de nuestra Iglesia, de que me estoy ocupando, aduciré tambien el testimonio de Teodoreto, ilustre padre y doctor de la Iglesia griega y contemporáneo de San Gerónimo. Este esclarecido doctor, tratando de la predicacion de los Apóstoles y de las diversas regiones que instruyeron en la fé cristiana, pone por ejemplo á Roma y á España. El modo que tiene de espli-



carse en este lugar, para decir que los Apóstoles se aparecieron por todo el mundo, no pide el espresar sus nombres ni de todas las naciones individualmente; pero su proposición exige por necesidad que uno de los Apóstoles viniese á España. Esta fué la misión característica de Santiago; por cuya razón, contraponiendo Teodoreto el destino de unos Apóstoles con el de otros y consignando el uno de ellos á España, no puede aplicarse exclusivamente á San Pablo por no haber sido este el distintivo peculiar de su apostolado.

Viniendo ya á tiempos posteriores, la proposición que yo sostengo, se encuentra reconocida y confirmada por el testimonio del célebre Tomás Stapleton, doctísimo inglés católico, el cual lo hace de una manera concluyente con las siguientes palabras: «Es cosa cierta ó fuera de duda que habiéndose primeramente predicado la palabra divina en la Judea y en Samaría, según el mandato de Jesucristo; distribuido después el Orbe, como en provincias, propagaron el Evangelio, Pedro en Italia, Pablo en Grecia, Andrés en la Acaya, Juan en el Asia y Santiago en España.» De manera que nuestra tradición no es solo particular de España, sino que ha sido y es universal en la Iglesia con muy pocas, y estas bien raras excepciones.

La historia nos ha conservado los nombres de los principales convertidos por Santiago, efecto de su predicación en España, donde hizo desde luego el Cristianismo los más rápidos y aun asombrosos progresos, destruyendo la idolatría con sus templos y erigiendo en su lugar basílicas consagradas al verdadero Dios. Aquellos fueron Torcuato, Indalecio, Tesifon, Segundo, Cecilio, Esicio, Eufracio, Atanasio, Teodoro y Pedro. Este último quedó por Obispo de la ciudad de Braga, cabeza entonces del convento jurídico de la Galicia romana: y Santiago, después de haber recorrido



por espacio de tres años las diversas provincias de España desde el Mediodía al Norte y desde Poniente al Oriente, dejando en todas ellas copiosísimos frutos de su apostolado, como ya he dicho, volvió á Jerusalem en compañía de los nueve discipulos, sus predilectos, en cuya ciudad fué degollado por la fé de Jesucristo, el año 42 segun unos escritores, y segun otros el 44 de la era cristiana; habiendo alcanzado la gloria inmarcesible de ser el protomártir del colegio apostólico.

Aquellos nueve españoles, testigos de su glorioso martirio, recogieron su santo cuerpo, lo trasladaron al puerto de Jope no sin gran riesgo de sus personas y de allí á España; y tal vez, porque eran gallegos, ó porque su compañero San Pedro de Rates era Obispo de Braga ó por cualquier otro motivo desconocido para nosotros ó acaso por inspiracion superior, llevaron el cadáver del santo Apóstol á las costas de Galicia, y puesto en tierra, depositaron esta sagrada reliquia en una cueva, no lejos de la ciudad de Iria Flavia; quedando Atanasio y Teodoro custodios de tan santo depósito, y repartiéndose los otros siete restantes á predicar el Evangelio por las diversas provincias de España.

Despues de algunos años de predicacion fueron á encontrarse en Roma con el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, que despues de haber evangelizado por diversos paises del Occidente, sentó su cátedra en aquella ciudad, centro de los dominadores del mundo y centro tambien de la depravacion y corrupcion mas espantosa, manifestando de este modo, su valor y firmeza, desafiando frente á frente á todo el poder de los Césares, perseguidores del Cristianismo.

En aquella ciudad permanecieron los discipulos predilectos de Santiago conferenciando algun tiempo con el Príncipe de los Apóstoles, y tambien con San Pablo; los que



habiendo recibido las instrucciones de ambos para seguir trabajando con fruto y constancia en la viña del Señor, regresaron á su patria, fijando sus sillas episcopales, Torcuato en Acci, hoy Guadix; Indalecio en Urçi, hoy puerto de las Aguilas; Tesifon en Bergi, cuya silla se mudó despues á la ciudad de Abdera, hoy villa de Adra, en el arzobispado de Granada; Esicio en Carteya, hoy Algeciras; Eufrasio en Ili-turgi, hoy Andújar; Cecilio en Iliberi, hoy Granada; y Segundo en Avila.

De esta pequeña reseña histórica de los discipulos predilectos de Santiago, nuestros compatriotas y primeros Obispos, se deduce evidentemente la verdad de la proposicion que es objeto de mi discurso. Verdad que se encuentra consignada en la primitiva Liturgia española que, segun el Cardenal Bona con otros escritores, se practicaba en el siglo VI, pues en el oficio del Santo Apóstol se leen las siguientes palabras: Muy alegre es para nosotros el día del preclaro Apóstol Santiago, por cuya muy saludable predicacion, todo el pueblo de España empezó á conocer su Redentor. A esto pudiera agregarse cuanto vemos escrito en los oficios y breviarios aprobados por varios Sumos Pontífices, lo que se halla en el oficio universal romano que fué ordenado con arreglo al Concilio de Trento y últimamente lo consignado en martirologios que se remontan á los tiempos primitivos de la Iglesia.

¿Pero á qué cansarme y abusar de vuestra indulgencia, enumerando mas pruebas de una verdad consignada en nuestras crónicas y que no ha sido jamás oscurecida ni olvidada en diez y ocho siglos? Mas no puedo dispensarme de esponer una prueba inconcusa, que á la vez lo es, de la predileccion con que desde el principio la Reina de los Angeles y madre inmaculada de Dios, quiso distinguir á la nacion española. Ya conocereis, señores, que me refiero á



la visita que la Virgen Santísima hizo en carne mortal al Santo Apóstol, cuando se hallaba, con otros de sus discípulos, orando en la orilla del caudaloso Ebro, dejando su sagrada imágen sobre el santo pilar que con tanta veneración de nacionales y extranjeros se ha conservado y se conserva incólume en la inmortal Zaragoza. Coincide también con esta prueba, ha dicho un escritor contemporáneo, la célebre aparición de la Virgen Santísima á nuestro Apóstol en las márgenes del Ebro; y existen hoy monumentos augustos de este favor portentoso.

Sin entrar yo ahora en pormenores, acerca de este hecho especial, que darian á mi discurso demasiada estension, me limitaré á decir con el Cardenal Aguirre: Que la aparición de la madre de Dios á Santiago sobre el Pilar de Zaragoza y la ereccion de aquel magnífico templo, en honor de la misma Virgen, aun viviente, aunque no tenga á su favor tan ciertos y tan antiguos testimonios como la venida de Santiago á España, es no obstante una tradicion, asegurada muchos siglos há por privilegios de Pontífices y Reyes, y mucho tiempo hace apoyada en los libros de diferentes y graves escritores.

Para que las palabras del Cardenal Aguirre, en la parte que se refieren á la piadosa tradicion de la venida de la Virgen del Pilar á Zaragoza, adquieran mayor fuerza, conviene mucho que sepamos en qué consiste esta pia y universal creencia de los españoles y que nos penetremos bien de sus extremos y puntos principales: esto lo conseguiremos, parando nuestra atencion en el oficio propio del Pilar, aprobado por la Santa Sede; el cual, en la leccion tercera del segundo nocturno, dice así: «acredita la antigua y pia tradicion, que habiendo venido á España por disposicion divina el Apóstol Santiago, llamado el Mayor, y permanecido algun tiempo en Zaragoza, estando una noche orando con al-



gunos discípulos suyos á las orillas del Ebro, se le apareció la beatísima Virgen, aun viviendó en el mundo, y le ordenó edificase allí mismo una capilla.» Por lo cual, sin detenerse en nada el Santo Apóstol, y ayudado de sus discípulos, dedicó á Dios un pequeño oratorio en honor de la misma Virgen, al cual se agregó, andando los siglos, un templo mas espacioso y magnífico, que aun en el dia conserva el nombre del Pilar, que se le dió en otro tiempo, por la imagen de la madre de Dios que allí está colocada sobre un pilar de mármol y venerada por la grandísima piedad y concurrencia de todo el reino. Y si á estas palabras del oficio divino, se añaden las dirigidas por la Señora al Apóstol Santiago, segun se leen en un códice antiquísimo conservado en el archivo del Pilar de Zaragoza, tendremos un perfecto conocimiento de los principales puntos de nuestra creencia. Despues de referirnos dicho manuscrito, con pormenores curiosos, la historia de la aparicion, pone en boca de la Santísima Virgen las siguientes palabras: «hé aquí, hijo mio, Jacobo, señalado el lugar que á mi honor se consagra y en el que por industria y diligencia tuya, ha de construirse una iglesia en mi memoria; mira bien este pilar en que me asiento y sabe que mi Hijo y tu maestro por ministerio de los ángeles, lo ha enviado de lo alto, cerca del cual colocarás el altar de la capilla; y en ella, por mi reverencia y por mis ruegos, obrará grandes portentos la virtud del Altísimo, en favor de aquellos que en sus necesidades me invocaren; y este pilar permanecerá aquí hasta el fin del mundo y nunca faltarán del todo en esta ciudad los adoradores de Cristo.» Eritque pilare istud in hoc loco usque in finem mundi, et Christum colentes nunquam ex hac urbe deficient. Tal es en sustancia la antigua creencia de los aragoneses y de todos los españoles; creencia consoladora y llena de las mas dulces esperanzas para nuestra



nacion, que ha sido siempre universal y constante entre los españoles, por tener á su favor antiguos monumentos y testimonios los más fidedignos, y que está muy conforme con la razon, la revelacion y la historia.

Es indudable que la tradicion del Pilar no se opone á la razon ni á la revelacion, sin que haya necesidad de pararnos mucho en demostrarlo por no contrariar á ninguna de las dos, el hecho de que la Santísima Virgen se apareciese milagrosamente al Apóstol Santiago por altísimos fines de la Divina Providencia; así es, que hasta los mismos adversarios nos conceden la posibilidad de esta venida, aunque maravillosa, pues de lo contrario, era necesario descartar de las historias profanas y aun de las sagradas, todo lo que tiene visos de sobrenatural y milagroso: era preciso decir con temeraria impiedad que Dios no puede obrar contra el orden de la naturaleza, que él mismo y voluntariamente ha establecido. Han pretendido los envidiosos de las glorias de nuestra España, estrecharnos con argumentos sacados de la historia, pero no han podido oponer nada á nuestra antigua y piadosa tradicion que sea sólido y completamente cierto. Ocupa, entre estos, un lugar preferente aunque poco envidiable en esta parte, el historiador Natal Alejandro, el cual, á pesar de negar la tradicion del Pilar por no admitir sin duda, necesariamente la venida de Santiago á España, que con tanta temeridad se obstinó en contradecir, afirma, no obstante, que todos los escritores de las cosas de España, desde los primeros siglos, atestiguan la tradicion del Pilar y la dan unánimes su voto.

Dado que sea una verdad no estar averiguado los años que vivió la Santísima Virgen en el mundo, ni en el que sucedió su tránsito glorioso á los cielos, todos convienen sin embargo, en que llegó á una edad muy avanzada; mas con cualquiera de las opiniones mas probable que se abraza,



puede conciliarse la venida de la Santísima Virgen, en carne mortal á Zaragoza. Segun afirman el padre Croiset y otros autores, la opinion, generalmente recibida es, que la Santísima Virgen vivió aun 25 años despues de la ascension de N. S. J. C. á los cielos; y por consiguiente, aun cuando el martirio del Apóstol Santiago sucediera el año 44 de la era cristiana, que es lo mas que puede retrasarse, es conciliable la aparicion en carne mortal de la Santísima Virgen sobre el Pilar de Zaragoza.

No se me oculta que la opinion que niega á nuestra España la gloria de la venida de la Santísima Virgen y predicacion del Apostol tiene á su favor los célebres nombres de Baronio y Natal Alejandro, cuyos escritos han servido de base á todos los que han sostenido despues la misma doctrina; pero es preciso tener presente que en los mas célebres escritores se hallan descuidos é inexactitudes, debidos al estudio superficial de los fundamentos de su opinion, por no decir al espíritu de rivalidad que anima generalmente á los historiadores cuando se trata de naciones contra las que abrigan algun resto de animosidad.

No puede dudarse que estos grandes teólogos é historiadores, se alucinaron por haber puesto los ojos en un manuscrito que á primera vista manifiesta su inexactitud y falsedad, como ha dicho muy bien el padre Tolrá y cuantos han escrito sobre este asunto: manuscrito de ningun valor si se le compara con los antiquísimos documentos que á pesar de los trastornos de todo género, se han conservado para acreditar la falsedad de aquellos escritos modernos que alegan nuestros adversarios.

Queda pues, en mi concepto sólidamente demostrada la venida del Apostol Santiago á España, y para mí está fuera de toda duda, que este Santo Apostol fué el primero que anunció en nuestro suelo el Evangelio; asi como tampoco puede racio-

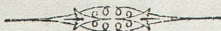
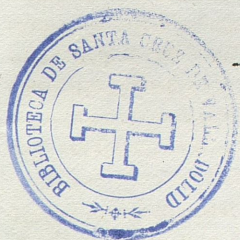


nalmente negarse que san Pablo fué otro de los Apóstoles, cooperadores de la conversión de los habitantes de nuestra Península.

Gloriarse puede la Iglesia española de su origen Apostólico, así como de que los cimientos sobre que se edificára, hayan sido tan sólidos que se conserven firmes hasta nuestros días, á pesar de los recios huracanes que en diversas épocas y de distintas maneras los han combatido y socabado, y á despecho de las infinitas revoluciones y trastornos de todo género por que ha pasado nuestra patria, la cual parece estar destinada por la Divina Providencia para ser el campo donde hayan de debatirse constantemente los grandes intereses y las grandes cuestiones que dividen y han dividido siempre á la humanidad en este mundo proceloso, asiento del infortunio y de las lágrimas, que no dejará de serlo por que esta es consecuencia de la prevaricación del primer hombre, misero legado de Adán á su descendencia. HE DICHO.

Madrid 1.º de Marzo de 1857.

JUAN JUSEU Y CASTANERA.



cooperadores de la conversión de los habitantes de nuestra  
Península.

Elonarse puede la Iglesia española de su origen Apostóli-  
co, así como de que los edificios sobre que se edifican, ha-  
yan sido tan sólidos que se conserven firmes hasta nuestros  
días, á pesar de los terrores huracanes que en diversas épocas  
y de distintas maneras los han combatido y socobado, y á  
despecho de las infinitas revoluciones y trastornos de todo  
gubero por que ha pasado nuestra patria, la cual parece estar  
destinada por la Divina Providencia para ser el campo donde  
hayan de debatirse constantemente los grandes intereses y  
las grandes cuestiones que dividen y han dividido siempre á  
la humanidad en este mundo profano, asi como del infu-  
nio y de las lágrimas, que no dejará de serlo por que esta es  
consecuencia de la purificación del primer hombre, maestro  
legado de Adán á su descendencia. HE DICHO.

Madrid 1.º de Marzo de 1857.

JUAN JACOB Y CASTAÑER.





PLA. 0000. 222.05-1-0079